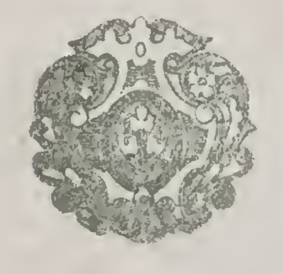
JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

La sal del cariño

ENTREMÉS

EN PROSA, ORIGINAL



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1919

LA SAL DEL CARIÑO

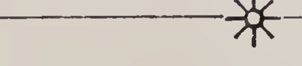
LA SAL DEL CARIÑO

ENTREMÉS

original de

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 19 de abril de 1919



MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, M 551
1919

Al Excmo. Señor

Don Torcuato Luca de Tena,

honor de España.

Con la admiración, la gratitud y el afecto de su devotísimo,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONCHA............................	Rosario Leonís.
MANOLITA..........................	Salud Rodríguez.
SEÑÁ ASUNCIÓN...................	Matilde Xatar.
PEPE..............................	Francisco Gallego.
PERICO............................	Juan Frontera.
EL VENDEDOR DE BIZNAGAS......	Carlos Román.
EL LORO........	N. N.

La acción en Málaga.—Epoca actual



LA SAL DEL CARIÑO

Patinillo de una casa de vecindad en uno de los barrios bajos de Málaga. Al foro derecha, la puerta de entrada, por la que se ve la calle. Puertas laterales en primero y segundo término. En el quicio de la del segundo término izquierda hay colgada una jaula con un loro. Es de noche y en el mes de mayo. Luz de luna.

—

Al levantarse el telón aparece CONCHA sentada a la puerta de su cuarto, lateral izquierda, segundo término. Junto a Concha hay una silla de anea desocupada. Concha está impaciente esperando al novio, con el brazo apoyado en el respaldo de la silla y la cabeza en la palma de la mano. Concha tiene veinte primaveras y es bonita como un lucero. De cuando en cuando suspira. Viste al modo popular de Andalucía: trajecillo de percal, de tonos claros, y pañuelo de crespón al talle.

Concha. (Levantándose y yendo hacia la puerta de la calle, donde se queda parada mirando a derecha e izquierda.) Por lo visto, también hoy va a yegá con retraso. ¡Y esto se va a acabá! ¡O desempeña el reló o termina las relasiones!

(Nerviosa pasea por el patio. De su cuarto, lateral derecha, segundo término, sale la SEÑÁ ASUNCION, una vieja simpática y limpia. Trae una silla, que coloca a la puerta de su habitación.)

Señá Asunción. Dios te guarde, Conchita.

Concha. Dios la guarde a usté, señá Asunsión.

Señá Asunción. ¿No vas a los fuegos?

Concha. ¡En eso estoy pensando!

Seña Asunción. ¿Qué te pasa?

Concha. ¡Que echo chispas!

Seña Asunción. (Socarronamente.) ¡Ah, ya! ¡Claro! Y echando chispas, ¿qué farta te hase el ir a los fuegos? Con mirarte al espejo te ahorras er viaje. (Se sienta.)

Concha. ¡Que no estoy pa guasas, señá Asunsión!

Seña Asunción. No ha venío Pepe.

Concha. Como de costumbre.

Seña Asunción. ¡Dichosos novios!

Concha. Luego se presentará a las tantas inventando un romanse; pero le juro a usté que esta noche no le sirve. ¡Conmigo no juega más!

Seña Asunción. ¡Ayá veremos!

Concha. Yo no digo que sea er cuco de un reló, que dando la hora se asome por esa puerta; eso no. Yo le paso que se retarde... un minuto... dos minutos... ¡hasta tres minutos le paso! Pero que venga, como está viniendo hase ya mes y pico, una hora después de la convenía, eso... ¡eso no se lo paso yo ni a Pepe ni a San José bendito, que en paz descanse!

Seña Asunción. Pue que el hombre haya tenío que hasé. A lo mejó, un compromiso cuarquiera...

Concha. ¡Cuando se tiene novia se dejan tos los compromisos!

Seña Asunción. Es verdá.

Concha. A mí que me diga que no pué vení hasta las diez, y tan conforme; pero que se convenga en yegá a las nueve y parezca a las onse, eso no. ¡Eso no! Me consumo, me consumo; no lo pueo remediá. Yo quisiera tené otro cararte, otra condisión. (Gimoteando.) ¡Ay, madresita mía! Y er sierto caso es que mientras más me hase sufrí más lo quiero. ¿Qué tendrán los piyos pa ganarnos la voluntá de esa manera? ¡Y lo peó es que er charrán lo sabe, y cada día va vorviéndose más fartón!

Seña Asunción. ¡A vé!

Concha. ¡Pero lo que es hoy no le valen excusas!

Señá Asunción. ¡Sí le vardrán!

Concha. ¡Como no invente argo...! Porque lo de tos los días me lo sé de memoria. ¡Poca imaginasión que tiene el hombre! Usté lo verá. Entrará por esa puerta como si acabara de galá la carrera a pie, y viniéndose pa mí, me dirá: «Negra, ¿me he tardao?» A lo que yo le contestaré: «¡Te has tardao!» «Perdona, pero he venío con er siete.» «Pos mañana ponte el ocho.» «¡Como no tengo reló...! No te enfades.» «¡Si te parese te resibiré con la Marcha Reá!» «¡Grasiosa!» «¡Ladrón!» «¡Um!» «¡Sas!» (Todo esto imitando la voz y los movimientos del novio.)

Señá Asunción. ¿Qué es eso?

Concha. Lo del ¡um!, er beso que intenta darme, y lo der ¡sas!, la guantá que yo le arreo.

Señá Asunción. Ya.

Concha. Luego hasemos las pases, y hasta er día siguiente, que se repite er mismo numerito.

Señá Asunción. Labia sí tiene.

Concha. Pa convensé a una monja. Lo que no tiene es vergüensa.

Señá Asunción. Eso tú lo debes sabé.

Concha. Porque lo sé lo digo. (Vuelve a asomarse a la puerta de la calle.) ¡Ca! ¡Ni rastro! Señó, ¿dónde se habrá metío ese granuja?

(Por la segunda derecha sale MANOLITA, una muchacha de quince a veinte años, guapa de veras. Viste de percal y pañolillo al talle.)

Manolita. (A la señá Asunción.) Madre, no se vaya usté a quedá dormía ar sereno, que ya sabe usté lo mar que le sienta.

Señá Asunción. Descuía.

Manolita. Adiós, Concha.

Concha. ¡Hola, Manolita!

Manolita. ¿De espera?

Concha. ¡Por no variá!

Manolita. De eso me he quitao yo.

Concha. ¿Sigues reñía con Perico?

Manolita. ¡No me lo mientes!

Señá Asunción. No se lo mientes, que mi hija ahora, cuando le hablan de ese hombre, toca hierro, y mueve er pie, y se le muda er coló, y echa agua a la caye, ni más ni menos que si le hubieran nombrao ar demonio. (Santiguándose,) ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

Manolita. ¡No tanto, madre!

Señá Asunción. ¡Tú me dirás!

Concha. Pos Perico es un güen muchacho. ¡Así fuea mi Pepe!

Manolita. No compares.

Concha. ¡Andá! ¡Ya quisiera Pepe pareserse a Perico!

Manolita. ¡Ya quisiera Perico pareserse a Pepe, digo yo!

Concha. Perico es simpático...

Manolita. ¡Pepe lo es más!

Concha. Perico es mu desente...

Manolita. ¡Pepe es un cabayero!

Concha. Perico te quiere mucho...

Manolita. ¡A ti Pepe te adora!

Concha. (Recogiendo velas.) Esto no quie desí que a mi me guste Perico.

Manolita. (Amainando.) ¡Ni que a mí me guste Pepe!

Concha. Es hablá por hablá.

Manolita. ¡Está claro!

Concha. Porque una...

Manolita. ¡Qué me vas a desí!

(La señá Asunción, que se ha quedado dormida, da un ronquido tremendo, que asusta a las muchachas.)

Concha. ¡Ay!

Manolita. ¡Jesús María! ¡Madre! A poco si se suerbe la narí. ¡Madre!

Señá Asunción. (Despertándose sobresaltada.) ¿Eh? ¿Eh?

Manolita. Que nos vamos a tené que amarrá como en los barcos pa no i a parar a su estómago.

Señá Asunción. Pos ahora no dormía.

Manolita. Roncaba usté na más.

Señá Asunción. Pue que me haya quedao una mijiya traspuesta.

Concha. ¿Traspuesta... y en na ha estao er que se cayera la casa?

Señá Asunción. ¡Se ve que eres de Birbao!

Concha. ¿Yo de Birbao?

Señá Asunción. Es que estoy rendía. Levantá desde las seis... en cuanto yega la noche no pueo dominá er sueño.

Manolita. Pos ande usté a acostarse. Luego me arreglaré yo.

Concha. ¿Vas de verbena?

Manolita. Si tuviera quien me yevara, ¿por qué no? Ande voy es a probarme una blusa a en ca de Amparo.

Concha. Ya.

Manolita. Hasta ahora. (Ayuda a su madre a levantarse y se lleva la silla.)

Señá Asunción. Hasta mañana, niña.

Concha. Que usté descanse.

Manolita. Y que ese hombre venga pronto.

Concha. Dios lo quiera. (Manolita y su madre entran en su cuarto. Concha se asoma de nuevo a la puerta de la calle.) Pero ¿qué hará? ¿Estará malo? No, porque me hubiera mandao un recao. Me consumo, me consumo, me hago porvo yo misma.

(Por la primera izquierda sale PERICO en mangas de camisa. Es un mocito de buen ver.)

Perico. Vesina, güenas noches.

Concha. Güenas noches, Perico.

Perico. ¿No yega ese hombre?

Concha. No yega, no, señó. Y aquí estoy repudriéndome por dentro.

Perico. ¡En seguía iba yo, con la cara de usté, a tomarme berrenchines por nadie!

Concha. ¡Ahí verá usté lo que son las cosas!

Perico. Y menos por su novio de usté.

Concha. ¿Qué le pasa a mi novio?

Perico. Que de marchoso que es, presume hasta en cucliyas.

Concha. Porque puede presumí. Eso es aparte.

Perico. Porque lo dejan presumí, que no es lo mismo.

Concha. ¡Güeno! ¿Vamos a mudá de conversasión? Porque estoy viendo que me va a dolé la cabesa si me sigue usté hablando

Perico. La miraré na más.

Concha. Mi novio es mi novio, y, mientras sea mi novio, desí argo malo de é es vorverme a mí la esparda.

Perico. ¡Si tos los piyos tien esa fortuna! En cambio estoy yo aquí, que por usté soy capaz de afeitarme sin jabón y a contrapelo, y ni me mira siquiera.

Concha. ¡Ay, qué grasia! Hasta ahora sí que no me ha hecho usté reí. ¿Y pa qué tengo yo que mirarlo a usté, hijo e mi arma? ¿Es que ha pensao usté darle achares conmigo a Manolita?

Perico. (Muy digno.) ¡Manolita ha muerto pa mí!

Concha. (Burlona.) ¿Y cuándo es el entierro?

Perico. ¡Concha, no se guasee usté!

Concha. (Riéndose.) ¡Y lo formá que se pone pa desirlo!

Perico. ¡Usté verá!

Concha. (Con desprecio.) ¡Se pue una fiá de los hombres! ¡Así son tos!

Perico. ¡Se pue uno fiá de las mujeres! ¡Toas iguales!

Concha. ¿Y es usté er que se ponía en este patio a

hablá con Manolita, y ni un regimiento que pasara lo sentía usté de embebesío que estaba?

Perico. ¿Y es eya la que me juró tantas veses que a ningún hombre querría como a mí, y cuando se crusa conmigo pone una cara como si hubiea pisao manteca?

Concha. ¡Los hombres! ¿Dónde va usté a encontrá una mujé como Manolita?

Perico. ¿Y dónde va a encontrá Manolita un hombre como yo?

Concha. ¡Me gusta la modestia! Manolita es un cromo.

Perico. Cuando se pinta.

Concha. Y tiene una boca presiosa.

Perico. Si no le fartaran dos muelas y un cormiyo...

Concha. Y er cuerpo...

Perico. Er cuerpo no está mar; pero yo siempre la he visto vestía.

Concha. ¿Y qué quie usté desí?

Perico. Que las apariensias engañan, y, a lo mejó, donde se piensa encontrá masiso no hay más que argodón en rama.

Concha. ¡Verdá que engañan las apariensias! Yo me pensé que era usté un muchacho fino, y me ha resurtao usté un saco.

Perico. ¡Concha!

(Suena una campanada en un reloj de torre.)

Concha. ¡Las nueve y media! Me voy ar barcón a ve si viene mi novio.

Perico. Vaya usté ande quiera, pero lo que le dicho no lo orvide.

Concha. Tomaré paliyos de pasa. ¡Ay, qué hombres! ¡Qué hombres! ¡Se pue una fiá de los hombres! ¡Así son tos! (Entra por la segunda izquierda.)

Perico. ¡Se pue uno fiá de las mujeres! ¡Toas igua-

les! (De su cuarto sale MANOLITA; pero al ver a Perico en el patio se vuelve a meter dentro. Perico, por su parte, al ver a Manolita, echa a correr hacia su habitación, tropezando en la entrada de puro azorado.) ¡Mi madre! (Desaparece.)

Manolita. (Saliendo de nuevo. Trae puesto, en forma de chal, un mantón de crespón negro, liso.) ¡Si se creerá ese fantoche que yo tengo interés en hablarle! (Por la puerta del foro entra PEPE, presumiendo lo suyo. Es un mozo arrogante y bien plantado. Viene fumando un puro.) ¡Pepe!

Pepe. ¡Manolita! ¿Ande se va? ¿A la verbena?

Manolita. No, señó, porque no tengo quien me acompañe. Eso mismo le he dicho a Concha.

Pepe. ¿Y su madre?

Manolita. Acostá me la he dejao.

Pepe. Entonses lo de Perico...

Manolita. Pasó a la histoiia.

Pepe. La verdá es que se nesesita alimentarse de beyotas pa regañá con una mujé tan guapa como usté y no hasé las pases a los sinco minutos.

Manolita. ¡Las cosas, amigo Pepe!

Pepe. Es que estaba pensando en que si usté tiene interés en í a la verbena y por farta de pareja no va, pue usté contá conmigo.

Manolita. Muchas grasias.

Pepe. Dos brasos tengo: uno pa usté y otro pa Concha. ¿Hase?

Manolita. Caló.

Pepe. Ar lao de usté, con esos ojos, siempre es mediodía. ¡Se explica lo der caló!

Manolita. ¡Usté sí que se explica!

Pepe. (Con las de Caín.) ¡Ay! ¡Las ganas que tengo yo de quedarme viudo!

Manolita. Sin haberse casao. ¿Y pa qué?

Pepe. Pa haserle a usté el amó sin que me arañe mi novia.

Manolita ¡Y que está güena con usté!

Pepe. Me lo imagino. Yego, como er correo, con hora y media de retraso.

Manolita. ¿Y le paese a usté bien?

Pepe. A mí, sí; a quien puede que no le paresca bien es a eya.

Manolita. ¡Naturá!

Pepe. Y es por lo único que reñimos.

Manolita. Aquí sale. Me voy, que no quiero cuentos. (Manolita se marcha por el foro. Por la segunda izquierda sale CONCHA.)

Pepe. Ea, pos vaya usté con Dios. (Acompañando a Manolita con sus piropos hasta que desaparece.) ¡Grasiosa! ¡Bonita! ¡Y que no sabe andá la criatura! ¡Huyuyui! ¡Mi arma! ¡Bajo palio y pisando junsias debía usté salí a la caye! ¡Las mujeres! (Se vuelve, y al encontrarse a Concha en jarras y dispuesta al pregón, le dice en el tono más natural del mundo.) ¡Negra!

Concha. (Conteniendo su enojo a duras penas.) ¡Me tienes! Yo los he visto frescos, pero como tú...

Pepe. (Echándolo a broma.) ¡Je! ¿Me has oído? ¡Cuatro chirigotas que le estaba disiendo a la vesina! Totar, na. ¡Ya me conoses! ¡Mi genio! Sembrá una flo aunque sea en una tela metálica. Si brota, eso me encuentro. ¡Ya me conoses!

Concha. ¡Más valía que no te conosiera tanto! Tú es que te has propuesto acabá con mi pasiensia, y lo vas a conseguí.

Pepe. ¡Mujé ..!

Concha. ¿De modo que ensima de venir tarde?...

Pepe. ¡Ah! Pero, ¿he venío tarde? ¡Como no tengo reló...!

Concha. Te encuentro hasiéndole fiestas a Manolita.

Pepe. Por bondá de corasón, mujé. ¡Como la pobre se ha quedao sin novio. .! No te enfades.

Concha. ¡Te bailaré entonses!

Pepe. ¡Hombre! ¡Tanto como bailarme...! Y no te creas... No estarías tú esaboría der to marcándote unas seviyanas. (Bailándolas él.)

A la Virgen der Carmen,
¡mamita!
quiero y adoro.

¡Grasia!

Concha. (Con las negras.) ¡Pepe...!

Pepe. ¡Pero ven acá tú, selosiya! Pero ¿vas tú a tomá a pecho er que yo le gaste un par de chuflas a cuarquiera? Pero ¿no sabes tú que a mí no hay mujé en er mundo que me haga orviarme de ti, de ti, que eres turrón der güeno, y asúcar cande, y caramelos de fresa?

Concha. ¡Por lo visto, es que te empalaga ya er durse!

Pepe. ¿Er durse...? ¡Serrana! (Avanza hacia ella.)

Concha. (Retrocediendo.) ¡No te aserques!

Pepe. (Avanzando más.) ¡Conchiya!

Concha. ¡Que no te aserques!

Pepe. (Avanzando de nuevo.) Pero... ¡sielo!

Concha. ¡Que yamo a mi madre!

Pepe. (Deteniéndose en firme.) ¡Parao! Por no vé a tu madre pierdo yo la gloria.

Concha. ¡Qué grasioso! No te pienses que hoy me vas a ganá, como otras veses, con cuatro cuchufletas.

Pepe. ¿Ah, no?

Concha. No. Donde hayas estao hasta ahora te has podío quedá.

Pepe. ¿Ah, sí?

Concha. Sí.

Pepe. ¡Güeno!

Concha. (A gritos.) ¡Que ya estoy harta de serví de burla y de pasarme las horas muertas esperando que a ti te sarga del arma er vení a verme, y que no es una tan poquita cosa pa que la sopapee un niño litri como tú! ¿Me has oído?

Pepe. ¡Y er sordo de la panadería! ¡Con esas voses!...

Concha. ¡Pos ya lo sabes!

Pepe. ¡Está bien! Así me gustan a mí las cosas: ¡claras! ¡Ea! Que ya estoy yo harto también de sostené una discusión toas las noches; que uno sale de su casa dispuesto pa hablá con la novia, pero no pa tomá una trinchera.

Concha. ¡Pos cuando quieras lo dejamos!

Pepe. ¡Pos lo dejamos!

Concha. ¡Que no me voy a morí!

Pepe. ¡Ni a mí me van a enterrá!

Concha. ¡A espuertas tengo yo los hombres!

Pepe. ¡Y yo las mujeres!

Concha. ¡Siempre será el escuerso ese de Manolita!

Pepe. ¡Pongamos a que sea Manolita! ¿No es guapa?

Concha. ¡Cuando se pinta, ya lo creo! ¡No te fíes!

Pepe. ¿Que se pinta Manolita?

Concha. ¿Y ahora te enteras? ¡Dos arrobas de colorete yeva en la cara! ¡Con desirte que pa rascarse tiene que escarbá...!

Pepe. ¡Güeno! Pero, en cambio, la boca...

Concha. ¡Le fartan tres muelas y seis cormiyos! ¡Lo sé de güena tinta!

Pepe. ¿También esa? ¿Y er cuerpo?

Concha. (Con desprecio.) Er cuerpo no está mar, pero tú siempre la has visto vestía... ¡Te vas a lusí con la conquista!

Pepe. Y quien dise Manolita, dise otra. ¡Mujeres sobran en er mundo!

Concha. ¡Ayá tú! Con tar de perderte de vista, to me parese bien.

Pepe. ¡La curpa la tie uno...!

Concha. No siento más que er tiempo que he perdío a tu lao.

Pepe. ¡Si me valiera...!

Concha. ¡Pero vas a vé lo que tardo en buscarte sustituto!

Pepe. ¿Serás capaz?

Concha. ¡Lo vas a vé! (Asomándose a la primera izquierda.) ¡Perico!

Pepe. ¿Qué hases?

Concha. ¡Perico!

Pepe. ¡Ah! Pero ¿va en serio?

Concha. ¡Y tan en serio! ¡Perico!

Pepe. (¡Mardito sea...!)

(Sale PERICO, en mangas de camisa aún.)

Perico. ¿Yamaba usté?

Concha. Yo, sí, señó.

Perico. Güenas noches, Pepe.

Pepe. ¡Güenas noches!

Concha. (A Perico,) ¿No me desía usté hase un rato que en cuanto riñera con mi novio que le avisara a usté? ¡Pos ya he reñío! ¡Desde hoy es usté el amo de mi persona!

Pepe. ¡Ah! Pero ¿este langostino te había dicho...?

Concha. (A Pepe.) ¡Con usté no hablo!

Perico. ¡Hombre, yo...!

Concha. ¡Ahora mismo se pone usté la chaqueta y se viene conmigo a la verbena!

Perico. Güeno, pero...

Concha. ¡A no ser que se vuerva usté atrás!

Perico. Yo no me vuervo atrás ni pa cogé un duro.

Concha. Entonses...

Perico. Pero se me hase cuesta arriba...

Pepe. (¡Como la yeve a la verbena, de la primera guantá que le doy le pongo er pecho a la esparda!)

Concha. ¡No hay más que hablá!

(Entra MANOLITA de la calle y se dirige hacia su habitación.)

Manolita. Güenas noches.

Pepe. Güenas noches. (¡Hombre! ¡Manolita! ¡Ni de encargo!) ¡Manolita! Venga usté pa acá.

Manolita. ¿Qué pasa?

Pepe. ¿No quería usté í a los fuegos? Pos ya tiene usté pareja: servidó.

Manolita. ¿Viene Concha?

Pepe. Acabamos de reñí pa siempre.

Manolita. ¿De veras, Concha?

Concha. ¿Qué?

Manolita. ¿Que has reñío con Pepe?

Concha. ¡Y tan de veras!

Manolita. (Con alegría.) ¿De modo que está libre?

Concha. ¡Hasta de quintas! Te pues casá pasao mañana.

Manolita. (¡Ay, qué gusto! ¡Y qué ocasión pa darle achares a Perico!)

Pepe ¡Usté dirá, niña!

Manolita. (Levantando la voz para que lo oiga Perico.) Pos que sí, señó; que aserto la pareja.

Perico. (Como si le hubieran puesto una banderilla de fuego.) (¿Que aserta la pareja? ¡Ay, su sangre ladrona!)

Concha. ¿Qué le pasa a usté?

Perico. (A Concha, pero brindado a Manolita.) ¡Na, Concha; que me siento orguyoso de tener por novia a la mujé más bonita de to er barrio, que es usté! (¡Chúpate esa!)

Concha. (Mirando a Pepe.) Grasias, Perico.

Pepe. (¡Ese niño se las está buscando!)

Manolita. (A Pepe.) Pero ¿usté oye?

Pepe. ¡Déjelos usté!

Manolita. (En ascuas.) Quié desí que Concha y Perico...

Pepe. ¡Ya ve usté qué faena!

Manolita. ¡Si esto era de esperá!

Concha. (¡Lo que es Manolita me las paga!)

Manolita. (Lo que es Concha se va a acordá de mí!)

Pepe. (A Manolita.) ¡Lo dicho, dicho!

Manolita. Sí, señó. Ahora mismo despierto a mi

madre, le hago que se vista y que se venga con nosotros. (Mirando a Perico.) (¡Charrán!)

Pepe. ¡Más vivo!

Perico. (A Concha.) Y usté váyase poniendo er mantón, que yo en un minuto concluyo. (Mirando a Manolita.) (¡Ladrona!)

Concha. Er que primero esté qué espere aquí en er patio. (Mirando a Pepe.) (¡Granuja!)

Perico. Conforme.

Pepe. (A Manolita.) ¡A lo nuestro, niña! (¡Mardito sea!...)

Manolita. ¡Sí, señó!

(Pasean los cuatro en direcciones encontradas, demostrando en sus ademanes la indignación que les domina.)

Concha. (¡Ya te arreglaré yo!)

Perico. (¡Nos veremos las caras!)

Manolita. (¡Sinvergüensa!)

Pepe. (¡Yo te cogeré por mi banda!)

Concha. (¡Ladrón!)

Manolita. (Por supuesto que a mí...)

Pepe. (¡Ya verá eya!)

Concha. Hasta ahora, Perico.

Pepe. Hasta ahora, Manolita.

Perico. Hasta ahora, Concha.

Manolita. Hasta ahora, Pepe.

(Cada uno está a la puerta de su habitación, y Pepe a la de la calle.)

Concha. (¡Si no fuera...!)

Manolita. (¡Si no mirara...!)

(Se hacen cuatro mohines de profundo desprecio. Ellas se marchan, casi llorando, a sus respectivas habitaciones; Perico, a la suya, y Pepe, a la calle. Todo simultáneo.)

Concha. ¡Ah!

Pepe. ¡Ah!

Manolita. ¡Ah!

Perico. ¡Ah!

(Queda la escena sola. A poco vuelve a entrar PEPE por la puer-

ta del foro. Como una fiera enjaulada pasea por el patio; se detiene a encender el puro, y, de nervioso que está, gasta seis o siete cerillas en conseguirlo. Cuando el puro está encendido no tira, aumentando esto la nerviosidad del muchacho.)

Pepe. ¡A mí...! ¡Je! ¡A mí!

El Loro. (Desde su jaula.) ¡Prrrim!

Pepe. (Volviéndose airadamente.) ¿Quién ha dicho Prim? ¡Ah, ya! ¡El loro! (Encarándose con el loro.) ¡Lorito, que no estoy pa chuflas! ¡Güeno! ¡A mí con achares! No sabe esa toavía que yo soy capaz de casarme con Manolita esta noche y de tené seis hijos a la vuerta de una semana. ¡A mí con selos! Y lo que más me carga es er gachó que se ha buscao. ¡Perico, que, de feo que es, cuando sale a la caye los viernes, yueve los sábados! ¡Ahora que to será que se me ponga en la moyera estropearles la combina! ¡Y se la estropeo! ¡Vaya si se la estropeo!

(Maquinalmente se sienta en la silla que Concha tenía destinada para él. Por la segunda izquierda sale CONCHA.)

Concha. (A Pepe, con mal modo.) ¡Haga usté er favó de levantarse de esa siya, que no es suya!

Pepe. (Levantándose.) Usté perdone. (Pausa.)

Concha. (Examinando a Pepe.) (¡Chiquitiyo, dergaúcho, y con coló de vinagre! ¿De qué me enamoraría yo?)

Pepe. (Examinando a Concha.) (¡Presumía, y pava, y empesando a engordá! ¿Cómo me gustaría a mí esta mujé?)

(Se miran y esquivan las miradas; luego se vuelven a mirar a hurtadillas.)

Concha. (¡De puro tonto hase arrugas!)

Pepe. (¡No vale na! ¡Porque hasta er luná que antes me hasía grasia, mirándolo despasio, con los pelos que tiene es un manguito!) (Pausa.)

Concha. (¿Y tendrá la poca vergüensa de irse a la verbena con Manolita?)

Pepe. (¿Será capaz de irse con Perico?)

Concha. (Yo estaba por...) (Da un suspiro muy profundo.)

Pepe. (Alarmado.) (¿Está yorando?)

Concha. (¡Que se crea que yoro!)

Pepe. (¡No, pos que no me yore, que no me yore, porque eso no lo aguanto!) (Decidido a hacer las paces.) ¡Concha, mira, la verdá, yo...!

Concha. (Como si estuviera oyendo un reloj.) ¿Qué hora es?

(Pepe se echa mano al bolsillo del reloj, pero se acuerda de que no lo tiene y hace un gesto de disgusto.)

Pepe. (¡Me ha tomao er pelo!)

Concha. (¡Que rabie!)

Pepe. (¡Está uno en desgrasia! (Concha vuelve a suspirar como la vez anterior.) ¿Otra vez?)

Concha. Ay, madresita mía!

Pepe. (Compadecido.) ¡Conchiya!

Concha. (Como un basilisco.) ¡Que me deje usté en paz!

Pepe. (Encogiéndose de hombros.) ¡Güeno!

Concha. ¡Er mejó de los hombres corgao de un clavo!

Pepe. ¡Y las mujeres en coche!

Concha. ¡Con usté no hablo!

Pepe. ¡Ni yo con usté!

Concha. ¡Por eso!

Pepe. (Asomándose a la puerta de Manolita.) ¡Se tarda Manolita!

Concha. (Asomándose a la puerta de Perico.) ¿No irá a salí Perico?

Pepe. (Por lo visto, lo ha tomao en serio.)

Concha. (Por lo visto, piensa irse con eya.)

(Se sienta volviéndole la espalda a Pepe. Pausa.)

Pepe. (¡Y no me mira...! ¡No! Pos me tiene que mirá.) (Habla como si acabara de entrar en el patio una persona.) Me alegro de que yegue usté, don Federico.

Concha. (Sin volver la cabeza.) ¿Con quién habla?

Pepe. Usté va a sé imparsiá en este asunto. Vamos a vé. ¿Es rasón de que a un hombre que ha estao velando en er tayé hasta las nueve y media, porque yegue, después de comé, de vestirse y de lavarse, a hablá con su novia una hora después de la que es su costum-

bre, su novia le dé un mitin, y riña con é de mala manera, y lo plante en la caye, y ensima le dé achares con una sanguijuela en mangas de camisa? ¿Es rasón, don Federico, es rasón? ¡Sea usté imparsiá! Y cuente usté, don Federico, con que ese hombre, de las veinticuatro horas que tiene er día, dedica veintiséis a pensá en su novia, y er resto a la familia; que ese hombre no pía más que por ahorrá dinero pa poné una casita como un altá en Jueves Santo, donde su novia puea viví como una reina, y que hasta pa echá el humo por la narí ese hombre le pide permiso a su novia. ¿Es justo que con to eso la novia trate a ese hombre a puntapiés y lo haga de menos por una caña de pescá con sapatos de lona? ¿Es justo? ¡La verdá, don Federico, la verdá! A mí no me dé usté la rasón como a los locos. Si no la yevo, quítemela usté. ¿Es rasón?

Concha. (Sin poder contenerse, se levanta para rebatir el argumento de su novio.) ¡Diga usté, don Federico, que ese hombre...! (Sorprendida.) Pero ¿dónde está don Federico?

Pepe. (Riéndose.) En su casa estará seguramente.

Concha. ¿Ah, que to ha sío una burla?

Pepe. De arguna manera había yo de justificarme contigo.

Concha. Tienes salías pa to. ¡Arrastrao!

Pepe. ¡Como que iba a dejá así como así que te fueras a la verbena con Perico!

Concha. ¡Ni yo a ti con Manolita! (Cogiéndolo de un brazo y apretándoselo con coraje.) ¡Júas! ¡Fariseo! ¡Ladrón! ¡Bien me has quemao la sangre!

Pepe. ¡Que me hases daño, mujé! ¡Suerta! ¡Suerta! (Intentando darle un beso.) ¡Um!

Concha. (Dándole una bofetada.) ¡Sas!

Pepe. ¡Pero chiquiya...!

Concha. ¡Pa que no seas atrevío!

Pepe. ¡Mujé...!

Concha. ¡Pepe, formalidá! ¡Pepe, que empiesan a

echarte chiribitas los ojos! (Pepe la persigue. Ella huye. Por la calle cruza algún que otro transeunte.) ¡Pepe, que pasa gente! ¡Pepe, que me enfado de nuevo! ¡Ay, Pepe! ¡Pepe, que me meto en mi casa! ¡Ay! ¡Ay!

(Pepe está en el centro del patio, acechándola como el milano a la paloma Concha procura parapetarse detrás de una de las sillas, esquivando el asalto. Pepe, cada vez más nervioso, va estrechando el cerco, cortándole todas las salidas a la muchacha, hasta arrinconarla por completo.)

Pepe. ¡Conchiya! ¡Conchiya, ven acá!

Concha. ¡Pepe, no te muevas! ¡Pepe, que me voy!

Pepe. (Dando un salto y abrazándola.) ¡Qué te has de ir!

Concha. ¡Ay! ¡Pos no te lo doy, no te empeñes!

Pepe. ¡Pos sí!

Concha. ¡Pos no!

Pepe. ¡Er beso de la paz!

Concha. ¡Que te lo dé Wilson!

(A la puerta del foro aparece el VENDEDOR DE BIZNAGAS, en la mano lleva una penca con jazmines.)

Vendedor. (Con voz ronca, que asusta a los novios.) ¡Biznagas! ¿Se quién biznagas?

Concha. ¡Ay!

Pepe. ¿Eh?

Vendedor. (Con sorna.) ¡Je! ¡No he visto na!

Pepe. (¡Lo ha visto to!)

Concha. (Ruborosa.) (¡Lo ha visto to!)

Vendedor. ¿Se quién biznagas?

Pepe. (Con enfado.) ¡No se quieren!

Vendedor. (Refiriéndose a los novios) ¡Pa mí que sí se quieren! Ustés disimulen, pero con poné visiyos...

Pepe. (Indignado) ¿Y a usté qué...?

Concha. (Deteniéndolo.) ¡Pepe!

Vendedor. (Marchándose por el foro.) ¡Biznagas! (Pregonando.) ¡A chavo las biznagas y una perriya tres!

Concha. ¿Ves tú?

Pepe. ¡Er tío matao...!

Concha. ¡Tú has tenío la curpa! Si te hubieras estao quieto...

Pepe. ¿Y quién se pué estar quieto ar lao de una mujé como tú, no estando amarrao?. ¡Ven acá, Conchiya! (Se sientan.) ¡Déjame que te mire! ¡Que me vea yo en esos espejitos, que tién toa la luz der sielo de mi tierra! ¡Negra! ¡Entrañitas mías! ¡Venga ya la muerte, que cuando no me han matao tus ojos negros, no hay quien puea conmigo!

Concha. ¡Pepe!

Pepe. ¡Conchiya de mi arma!

(En este momento aparecen a la puerta de sus respectivos cuartos PERICO, MANOLITA y la SEÑÁ ASUNCIÓN, ésta con un sueño que se cae y todos de punta en blanco.)

Perico. ¡Ya estamos listos!

Manolita. ¡Cuando usté quiera, Pepe!

Perico. ¿Eh?

Manolita. ¿Cómo?

Pepe. (¡Arrea!)

Concha. (A Pepe.) ¡A vé cómo te las apañas ahora!

Perico. ¡Pero Concha...!

Manolita. ¡Pero Pepe...!

Pepe. (Con la sonrisa del conejo.) ¡Je! ¡Tiene grasia! ¡Je!

Manolita. ¿Es que habéis hecho las pases?

Pepe. ¡No! ¡No! Verá usté, Manolita; las pases presisamente... las pases...

(Pepe no sabe qué decir; mira a Manolita, mira a Perico, les sonríe a los dos, se mete las manos en los bolsillos y torna a mirarlos y a sonreirles. La situación es muy difícil para el mozo. Concha, por su parte, tampoco se atreve a despegar los labios. Manolita y Perico están como quien ve visiones; sospechan lo ocurrido, pero no quieren creerlo. Durante un rato permanecen callados todos los personajes, sin saber ninguno por dónde salir.)

Seña Asunción. (Bostezando.) ¿Lo estás tú viendo, niña? ¿Y pa esto me has levantao de la cama? ¡Cuando yo te desía.. !

Perico. ¿Nos querréis explicar...?

(Vuelve a haber otra pausa. Perico interroga con la mirada a Concha, y ésta se encoge de hombros; mira a Pepe y Pepe se hace el distraído, silbando. Entonces Perico avanza hacia Manolita, demandando de ella la explicación de lo ocurrido. Manolita, deponiendo su airada actitud de antes, acoge a su antiguo novio con marcada alegría. En el fondo del espíritu de Manolita está latente la idea de la reconciliación con Perico a la menor insinuación que éste le haga.)

Manolita. Bien clara está la cosa: que a ti te deja Concha por su Pepe.

Perico. ¡Y a ti Pepe por su novia!

Manolita. ¡A vé!

Perico. ¡Y que un hombre te desaire...!

Manolita. ¡Y que a ti una mujé no te quiera...! ¿Vamos a despresiarlos?

Perico. ¡Y a vorvé a querernos nosotros, chiquiya mía! (Se estrechan las manos.)

Pepe. (Respirando satisfecho.) ¡Como tiene que sé, señó! ¡Que tos los novios riñen pa arreglarse de nuevo; que en er reñí y haser la paz está la sar der cariño! ¿Verdá, Conchiya?

Concha. Verdá. Pero como a mí ya tanta sar me va a hasé daño al estómago, toma tú. (Le da unas monedas que saca del bolsillo del delantal.)

Pepe. ¿Qué me das aquí? ¿Bicarbonato?

Concha. ¡Catorse reales pa que desempeñes er reló y mañana vengas a tu hora!

Pepe. Conformes. ¡Y ahora, los sinco a la verbena!

Concha. Espera un poco. (Dirigiéndose al público.)

Las niñas que tengan novio
que aprendan lo que han oído:
que en reñir y hacer las paces
está *La sal del cariño.*

FIN DEL ENTREMÉS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edicion.)
¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)
Los ídolos, comedia en dos actos. (*)
El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.
Correo de gabinete, entremés. (*)
El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)
Punta de viuda, entremés.
El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)
La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
Primavera de la vida, comedia en un acto.
La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.
Mañanita de San Juan, entremés.
Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.
El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
La sal del cariño, entremés.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo.»)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

PRECIO: UNA PESETA